

EL ARRABON

Número suelto, 5 céntimos; atrasado, 25.

Estando este número dedicado especialmente a la memoria del Maestro, reproducimos algunas de sus más bellas producciones, en ellas nada mejor que estas confesiones suyas.

En sus trabajos se refleja el alma grande de aquel gran almeriense, que al morir deja un hueco imposible de llenar.

Cabezas parlantes

Cuando nací, me llamaron *Pepe Jesús*. Han pasado cuarenta años y... ¡aún sigue la gente llamándome de tal manera. No me parece mal; pero reconoceréis que he progresado poco.

De niño fui corto de genio; uno de esos chiquillos encogidos que se nublan de rubor por cualquier cosa ante los mayores, y que no temen a hablar si los matan. En cambio entre mis compañeros era expansivo, juguetón, travieso.

Me parecía por jugar; todo ejercicio físico me se hacía, por arriesgado que fuera. Al influjo de esta inclinación llegué a ser un consumado volatinero. Al influjo de otras inclinaciones instintivas, de las que apenas me di cuenta, llegué a cantar un día. Mi voz era preciosa, como la de casi todos los chiquillos. La musa callejera se apoderó de mi espíritu infantil, y cantó *lo de la tierra* primorosamente. Fue famoso en mi barrio por esto. ¿Que cuál es mi barrio? El de Regocijos; el más lindo y alegre de la ciudad. Allí me nací y allí me crié.

Aparte mi decidido amor al juego, mi característica fue el horror al estudio. Esto me costó muy grandes palizas y sofocos. Recuerdo, sin embargo, que aquellos castigos no sirvieron de nada.

Mi padre, en fuerza de ser modesto, tenía muy triste idea de mi capacidad mental. A más de estas ideas, tenía por entonces un amigo guardia civil, de caballería por más señas. Como no hay nada en la ordenanza que se oponga a ello, el guardia tenía un hijo de mi misma edad, pero tonto de capirotes. Mi padre y el suyo creían lo contrario, y me lo ofrecían a cada instante como ejemplo de discreción, entre regañones crueles.

Cuando el guardia no estaba de servicio, ya se sabía, en mi casa con el chico, a lucirlo y a humillarlo con la exhibición de sus precocidades. Aquel rapaz fue mi tormento durante algunos años. A lo mejor me lo ponían delante, con «La Cronica» entre las manos, para que yo viera como leía. Y, en efecto: él leía con la inconsciencia de una máquina, pero de corrido. No tendré que decir que cuando—después del coro de alabanzas tribu-

Para cuando yo muera... si alguna vez muero

Algo así como mal tratamiento. Debo de abrirse apenas yo muero.

Almería 8 de Noviembre de 1908.

1.º No quiero que vistan mi cuerpo muerta a la usanza del día. El cadáver no es el hombre y el cadáver no debe vestir más traje que el sudario. Vistan mi cuerpo, después de limpio, con un lienzo blanco, como el que volaba las lindas carnes de las mujeres de Tangra; como la túnica de los griegos del tiempo del padre Esquila.

Si a esto queréis añadir un puñado de flores no me parecerá mal. Así me acompañarán las espigas hasta más allá del vivir.

2.º No quiero ser sepultado en un nicho agujereado en la pared del cementerio civil. En realidad no tengo interés en yoos, en ningún caso. En todos he visto algo así como la sombra del principio de autoridad, la cosa más antipática que inventaron los hombres. Yo yacería en cualquier parte, en cualquier rincón que no tuviese nada de sagrado para los hombres. Donde mi cuerpo exangüe fuere el único objeto que inspirase graves pensamientos al viajero de la vida. Las muchedumbres de vivos me han sido siempre simpáticas; las de muertos me son odiosas en cierto modo. No debiera de haber en ninguna parte muchedumbres de muertos. En ninguna parte más que en la memoria de los vivos.

Pero en fin; todavía hay mucha laberinticidad sobre el mundo, y hay que resignarse a no estar solos al signiera en la tumba. Y como habré de ser sepultado en el cementerio civil, quiero que se me entierre en una bóveda de piedra de las aberturas sobre el suelo, y bajo

tada al hijo del guardia—llegaba a mis manos el periódico, ya estaba yo tambaleando de pies a cabeza y no daba pie con bola. El guardia se esponjaba de gozo; mi padre se afirmaba en sus opiniones respecto de mi capacidad, y yo... ¡Yo llegué a aborrecer a «La Cronica» y a la guardia civil de caballería! A cualquiera se la doy!

A pesar de estos pesares yo tenía de mi mejor idea que del hijo del guardia.

¡Yo sabía jugar muchísimo mejor que él... Como la fortuna se hizo buena amiga de mi casa, hubo de abandonar el ambiente del barrio y pasé a los mejores colegios de la capital. Fui alumno del señor Aguado; después, del D. Mariano Cebrián; después del Instituto.

Allí seguí no estudiando. Mi padre que lo supo, arreció con los maestros particulares. Con D. Juan Candelas aprendí latín, sin molestia de ninguna clase. Cosa rara. Llegó a gustarme el latín visto al través de las explicaciones de aquel bondadoso señor. Mi primer triunfo escolar fue un suspenso en Geografía. Después, durante mi vida estudiantil, gané del propio modo muchas batallas. Pero no anticipemos los sucesos.

Para que yo aprendiera aritmética y álgebra, hubieron de llevarme a la

tierra, de modo que nadie «deseñase» sobre mi tumba, ni nadie padezca mi vejez. Quiero que sobre la piedra de mi tumba dé el sol de la vida y sopla el aire del mundo. Tampoco estaría de más que a su orilla brotase un árbol que le diese sombra; no estaría de más sobre todo por vosotros que a los que alguna vez la tendréis que contemplar.

3.º También quiero que apenas muera me llaven al cementerio. Los cadáveres molestan en todas partes; más sobre todo en aquella donde hicieron más horas de su vida. Si hubiera algunos escrúpulos ante esa exigencia, deséchadlos; yo doy palabra de no resucitar ni dentro de las 24 horas, ni después. Sería de muy mal gusto volver a la vida después de haber gozado un instante de las dulzuras del descanse.

4.º Yo no sé el al morir si pondré de un duro que sea mío. Si lo hubiera colocado en una de mis manos encerrado y enterrado con él. No es esta una locura mía, no. Pienso que si tal hiciera, alguna vez tendré el gusto de que mi calavera sonría irónicamente contemplando la faz espantada de algunos de mis adversarios o de mis amigos políticos. Un duro ha sido siempre una gran tentación para los amigos y para los enemigos que en la vida me rodearon.

Nada más. Tal es mi voluntad. No la toméis a broma engañados por la ironía de mis palabras. He sido un poco helado durante mi vida.

PEPE JESÚS

Academia de D. Gaspar Nuñez. ¡Tendré que decir que este buen maestro ha sido uno de los hombres que más han influido en mi educación y en mi vida? Allí aprendí aritmética sin libro y aprendí otras muchas cosas. Pero yo era un chiquillo pío; tórico de vida, que necesitaba correr y dar saltos mortales, y volar por los aires colgado de un trapecio, y llegó un día, ya próximo el mes de Mayo, en que no pude más y falté a la clase de matemáticas. ¡El uno, y falté treinta seguidos! Cuando volví a ella, llevado de la mano de mi padre mis compañeros de clase se habían examinado. Sólo quedaba un alumno rezagado para quien las fórmulas algebraicas eran un inextricable misterio. Yo no había saludado al álgebra. A los diez días de esto, la había magistrado, gracias a D. Gaspar, que quiso que la suplara. Nos examinamos en el mismo día mi compañero y yo. A él le suspendieron. A mí me dieron notable. Desde entonces sé yo que para ser notable en Junio, es preciso pasarse el mes de Mayo haciendo titeres.

Con todas estas cosas, mi padre se convenció de que necesitaba yo para estudiar, tutela más fuerte que la del Instituto y la de los profesores particulares; y me mandó a un colegio de Valencia: el Colegio Angélico del Cid.

Allí estuve cuatro años y allí me hice bachiller. Seguí siendo un mediano estudiante, pero muy popular. ¿Que por qué era yo popular allí? Ello tiene su explicación. Yo era un famoso gimnasta, un tirador formidable, que, lo mismo esgrimía el florete que el sable, que la espada española. Yo era un jinete audaz. Además, sobresalía como cantante; entonces una mala gana con la misma desenvoltura que una romanza. Ahora pensad que yo era andaluz, y tendréis la explicación de mi popularidad.

Los andaluces no tenemos nada que hacer en Valencia, más que ser andaluces, para ser adorados. Tienen ese buen gusto aquellas liberales gentes de la ciudad de Turia.

Los cuatro años de Valencia han sido los más felices de mi vida. Tan feliz era yo entonces que... lo notaba. Me daba cuenta de mi propia ventura y me decía a mí mismo: ¡Que lástima que esta vida se acabe! Miren ustedes que tener que ser un hombre a la fuerza, yéndome tan bien como me va de niño. Debajo de mí hubo siempre un alma reflexiva.

Así fueron aquellas cosas. Al cabo, un día tuve que abandonar el colegio. Lo abandoné llorando con toda el alma.

Allí me dejaba muchas cosas, muchos amistades, muchas ilusiones de las tempranas, que son las más puras y mejores. Valencia es en mí recuerdo algo así como un oasis, del que no me resolví a salir cuando volví los ojos del espíritu hacia el pasado...

Volví a la tierra. Se había decidido que yo fuera ingeniero. Era aquella la época de los ingenieros. Más yo no quería serlo. En cambio mi padre veía en la carrera ingenieril algo así como un título de nobleza que vendría muy bien a los humildes oriundos de mi raza. Quieras que no, hubo de partir hacia la Corte en busca de la academia preparatoria. A los siete meses de esto escribí a mi padre una carta que le convenció de que yo no había nacido para aquello. Yo no podía estudiar tanto como la carrera emprendida exigía. La verdad es que, en esto del no estudiar, he sido siempre consecuente. Lo cual no quiere decir que a mí no me gustara saber, no. Me gustaba y me gustaba saber, pero sin en un día. Y lo peor es que creo este un problema soluble. Cuando se resuelva, verán ustedes como yo tengo razón. Entonces se demostrará que nuestros maestros oficiales no han sabido nunca enseñar a los niños.

Aquella carta que yo escribí deba de ser un documento interesante. ¿Dónde andará? Regresé...

—Bueno; y ¿qué quieres ser? Porque no pensarás en ser un vagabundo—me dijo mi padre.

—Pues, cualquier cosa: Abogado, si te parece.

—Sea lo que tú quieras.

Y a Granada fui a dar con mi juventud. A mí me han pasado siempre cosas muy raras. La Universidad no me pareció un templo serio y respetable.

El sistema docente de ellas me resultaba y lo creía inútil. Así era que, siendo yo mal estudiante, en toda la extensión de la palabra, tenía la audacia de creer que no estudiaba por que todo aquello de la Universidad era una ridiculez comedia en la que padecía mi dignidad de chico. No sé si estaba equivocado o lo firmo. Lo cierto fue que con estos ideas me dedicué a la vida alegre, y que solo pisé el claustro en los días de revuelta estudiantil. Yo atribuyo a estas revueltas un sentido revolucionario muy saludable.

Cuando volví a mi casa, a pesar de las vacaciones de Pascua, tuve que someterme a la verdadera autoridad que me pedía cuenta de mi vida y mis lagros. Entonces me asusté de mi obra. Había gastado en dos meses más dinero del que yo valgo. —¿No te parece lo mejor que no vuelvas a Granada? —dijo a mi padre, resolviendo el caso que me planteaba. —Si vuelvo será para rehendir. Aquí estudiaré y si no exminaré en Septiembre.

Aceptó mi padre el *modus vivendi*. Y aquí me quedé. Yo era ya un hombre, o que se llama un hombre. Mis amigos predijeron las seguras sendas deportivas de las clases, los juegos de la fuerza. Yo siempre fui héroe. En cambio no había despedido por el lado de los amores honestos. Yo me busqué una novia como lo hacían algunas de mis camaradas. Aquello de la novia consideré yo un tanto *afeminado* y cursi, e impropio de un varón y *atletico* complexión. Les dije lo que pensaba uno de chico. —A poco de esto estaré yo un día tan tranquilo cuando me tropesé de manos a boca con alguien. —dijeron.

Fue aquello un flechazo. Verla y adorarla fue en una misma cosa. La seguí, todo ruboroso y con el espíritu endulzado por una rara zozobra. Apenas hubo traspasado el humbral de su casa, después de volver un instante a mis ojos, eché a correr hacia la mía. Todo de júbilo, y cuando llegué, me abrazó mi madre. —Mamá, ya tengo novia —le dije. —Esa más buena que un ángel! Ya verás cuando la veas... y rompí a llorar.

Advierto al lector que estoy confesando. Tan cierto es esto de mi congoja, que mi padre, que en su alabanza andaba todavía, me oyó y me llamó. —¿Qué es eso? —Porqué lloras. —Me sentí hombre de verdad. Tuve por vez primera la conciencia de mis derechos, de la majestad de mi amor, y comencé a temblar, con respeto a su entereza.

No es nada, papá. —Es que tengo novial. —Como es eso? —Como lo estás oyendo. No la he hablado todavía, pero es mi novia! —Mi padre debió de pesquisar la intención de estas palabras, pues no me rió. —Mas, con cierta severidad, o ríspida, me repuso. —Y es así como vas a estudiar? —Verás como ahora si estudio de verdad. No me ríes. —¿Quieres casarte, quizá? Dilo francamente y te casaremos. —No, casarme, no. Eso sería una tontería. Lo único que quiero es querrela y que no me riñas. Yo estudiaré: te lo aseguro.

Aquel fue un punto. Mis padres no me rieron jamás por esto. Mi amor fue muy noblemente respetado por ellos. ¡Son muy buenos! Ya comprenderéis que entonces comenzó verdaderamente mi vida.

así por qué, y a mí me dio por concestar lo que siento, os diría que fui mal estudiante porque jamás me oí serlo bueno para llegar a hombrearme con los que estudiaban más que yo. El no estudiar era en mí, sería mi vanidad, un lujo que me permitía con los demás compañeros. La idea es estúpida ¿verdad? Pues así era. Palabra! Después de lo dicho, a nadie extrañará que del punto de mi espíritu seara para justificarme de tan grave defecto, una extraña teoría, amasada sin duda con un poco de melicía y otro poco de soberbia. La exponí aquí a ver qué os parece. Ella será mala o buena, pero me dá a conocer en este respecto.

No soy sabio, ni quiero serlo —me decía yo. La sabiduría si por tal se tiene una vastísima erudición, no es cosa que me enanara, ni que habla muy alto de la confianza que yo debo de tener en mí mismo. Si yo aborreciera, aborrecería a los eruditos. Me parecen tan poco interesantes como un almuerzo de mitarrachos. Considero preferible *no saber*. Aprender no consiste solo en enfarse de lo que ha pensado otro, sino en pensar por cuenta propia, deduciendo de los grandes principios mil consecuencias, por medio de racionamiento.

Muchas veces, hablando de esto con algún camarada estudiante, le decía yo. No lo duela de del erudito que correrá ingrata y patulante. En mi desprecio al estudio hay un fondo de humildad que tú no tienes. Yo reconozco que no podré saber jamás cuanto se debe saber. Tu obra como si hubieses de conseguir la perfección algún día. Tu eres soberbio, chico. —¿Quién podrá pasar por erudito hoy que tanto se escribe? —Desengñate: el que más, no llega a tener idea sino de una parte ínfima de lo que la humanidad va acumulando a fuerza de continuas investigaciones.

Así me explicaba yo cuando quería salvar a alguien de la manía de estudiar. He notado en mí que jamás tuve vocación —lo que se llama vocación— por nada. He sido abogado, como puede ser médico o telegrafista. Para mí el ser algo que a mis ojos mereciera respeto, no estribó en ser esto o lo otro sino en ser libre, en ser de mí mismo, en presidirme a mí mismo: en ser hombre, en una palabra. Y dicho se está que ser hombre es... ser algo sustancial; pero también es ser un pedezito de la humanidad; una molécula de ese gran cuerpo vivo y eternamente aformentado, que se nutre de la tierra toda, como de una ubre gigantesca.

Al influjo de aquellas ideas padecí siempre de *ignorancia relativa*. Para consolarme de ella me procuré, en cambio una severa disciplina mental. No sé por qué ni por quién —tal vez al calor de mis propias reflexiones— llegué a conseguirla. El caso es que siempre noté que mi cerebro era una máquina bien organizada. No digo que fuera mejor ni peor, sino sencillamente bien organizada. Dentro de mí no hubo jamás grandes luchas. Mi espíritu se limpió bien temprano de las telarañas que mis primeros maestros arrojaron sobre él, y adquirí un criterio, una orientación, fija. Yo no he sido primero esto y luego lo otro. Yo fui siempre la misma cosa, o la misma persona, me da igual. Realmente a mí no me ofusca ningún problema de orden que trascienda los límites *suprasensible*. En mi espíritu no entró jamás resplandor de cirios, sino rayos de sol, y tuve para el Sol, que tan gratuitamente me alumbró desde el nacer, una delicada muestra de respeto: nunca le pregunté quién era ni de dónde venía. Eso se pregunta a *quién* no nos inspira confian-

za. A mí me la inspiró el Sol desde el primer momento. ¡Illa suto simancera tan buenol! Alumbró mi camino, y el de los demás hombres, y el de todos los mundos... Qué importa quién sea y de donde viene el Crea en el Sol; crea en la vida; crea en mí, y... en casi todos los hombres. Y creo, no lo dudes, con una fe alentadora que para sí quisiera otros que, blasomando de espirituales y exquisitos, se agarran cobardemente a lo supracensible y si aman a la humanidad, la aman por tabla...

Y ahora que oiigo, no recuerdo a propósito de qué decía yo esto... ¡Ah, sí! Hablaba de mí fé. Volvamos la hoja.

Dicen de mí que soy escritor y orador. No me voy a permitir revelar la opinión que de mí tengo en este punto. En esas funciones de *la vida de relación*, lo interesante no es lo que yo pienso, si no lo que piensen los demás. Sin embargo: diré algo de esta modalidad mía.

De niño y de mozo yo fui muy corto de genio ya lo dije. Jamás pude imaginar que andando el tiempo, se abriera mi espíritu tan de par sobre las cosas. Llevaba dentro de mí *mi pequeño mundo*, es claro, pero ese estaba destinado a vivir y a morir en las reconditas de mi alma, envuelto en las nieblas de un vago soñar. El día que dispuso otra cosa, no obstante. Corto de genio, y todo, yo rompí un día a escribir para el público. Otro día rompí a hablar... para el mismo sujeto. ¿Cómo fué esto?

A poco de licenciarme en Derecho me caí de un coche... que volaba. El coche me pilló debajo: estuve para morir, más lo dejé para otra ocasión. En la convalecencia fué un periódico literario, *«La Olla»*. Creo que *aquello* fué a consecuencia de la caída. Otros hay que escribieron porque se cayeron de un vido. Hay de todo en el mundo. Después fundé otros periódicos, siete u ocho, todos republicanos y batalladores.

En todos ellos fui dejando pedazos de mi alma.

Después de escribir, *hablé*. No os podéis imaginar cuán extraño me resultó esto de hablar. Era esa la función más lejana de los arboles de mi espíritu. En mí se daba el horror a la palabra que quisiera pintar en mi *«curita»* *«Quilolis»*.

Cuando me di cuenta de que era abogado —y podéis asegurar que no me di cuenta de ello por el daseo de ejercer— sentí la misma contrariedad que el *viagero* que de repente se reconoce perdido en medio de una senda que no es la suya. —Señor! ¿Dónde voy yo? —me pregunté medroso. ¿Qué voy a hacer en *estrator*, con este genio tan corto? ¿Cómo es posible que yo hable jamás, ni bien ni mal? Pues, a pesar de estas consideraciones, hablé un día. Yo me encontré pobre de repente en medio de la vida tenía la mar de ilusiones con mi *novia*; tenía un título de abogado y allá fui, empujado por la necesidad.

Entonces me contencí de que jamás nos conocemos bastante, y de otra porción de cosas que voy a decir ahora mismo, por si fueran interesantes.

Por regla general nos menospreciamos en demasia. Quizá contribuye a esto la educación que recibimos. Se nos educa en el temor de Dios, o en el del padre o en el del maestro; pero siempre en el *temor*. De ahí que seamos espíritus acobardados; que nos consideremos impotentes para todo, aun para aquellas funciones como la de hablar y la de escribir, que yo considero los más naturales de nuestra docta y dorada animalidad.

Si el hombre no deja enterar, hablando o escribiendo, ¿cómo podréis que lo haga? ¿Bastando quizá?

Si lo repito. Para hablar y para escribir, dando a estas palabras el sentido artístico que queráis, todos estamos *naturalmente* preparados. Lo que pasa es que no nos educan para esas funciones, que nuestros preceptores (valientes mamarrachos!) nos dejaron en ese puerto entregados a la espontaneidad del instituto, el cual actúa solo cuando las necesidades del vivir lo imponen.

Se enseña al niño el lenguaje hablado y el escrito, sólo para que los adlique a los rudimentarios menesteres de la vida de relación; no se educa en aquella otra excelente función de esa misma vida en que el lenguaje, hablado o escrito es vehículo pronto a recibir las más delicadas y sutiles vibraciones de nuestro espíritu. Yo creo que en el mundo, hay muchos y muy formidables nadadores... que *no saben nadar*. Pues lo mismo digo de los escritores y de los oradores. ¡Cántos habrán muerto sin darse a luz!

Y ahora no me preguntéis si yo hablo bien o mal: eso es lo menos interesante.

Lo que sí os puedo asegurar es que cuando hablé por vez primera vi en mí a un hombre nuevo del cual, no tenía la menor noticia.

Parece mentira —me dije. Y yo que también de niño con *«La Cronica»* en la mano, ante el hijo de un guardia civil de caballería (lo que son las cosas).

Como me he propuesto justificar el título de esta crónica voy a dar unas cuantas pinceladas muy pocas, donde y como me parezca...

Al profesión del abogado me aqueja. Por este lado se ve un pedazo de vida demasiado repugnante. Y no creáis que esta repugnancia que yo siento la inspira el trato de los distinguidos asesinos y discretísimos estafadores, con que se forzosamente tiene uno que cruzar la palabra y el estalido a veces, no.

Estos me han parecido siempre dignos de todo respeto y de toda consideración.

He escrito algunos libros, *mis obras*. Levo algunos prendidos en las telarañas de la fantasía. Los mejores son los últimos. Los otros no me han parecido jamás exquisitos. El exquisito debo ser yo, que jamás los encuentro suficientemente bellos e interesantes.

Me han proporcionado ratos muy agradables, sin embargo. Leer a *mis críticos* me han entretenido tanto a veces! ¡Qué cosa más extraña esa de verse interpretado por otros!

De cuanto lico en esto de escribir no me entiendo más que de una cosa: de esta *«página»*, en la que ahora escribo, y en la cual he dejado media juventud.

Pandar este por lo que fué en mi una manía. Todos los *haberes de orden* dan un partido combatieron la idea por descabellada por imposible. Desde que yo hice posible esa imposible —claro que con la ayuda de ilusiones— se confió del juicio de los hombres de orden. Los hombres de orden, están donde están, son clase conservadora, no tienen valor para crear, no tienen fe en la vida. El sentimiento de la propiedad, desarrollado en ellos a espensas de otros sentimientos, les incapacita para las luchas generosas y abnegadas. No obstante ello, creo que no deben desaparecer. Todavía cuando existen se por algo. Por lo que no puse es por creer que eso de la prudencia y el método y el orden, de que se ufanan, sea virtud. Eso no! Son así, no por cálculo, ni por reflexión, sino porque no lo pueden remediar, como

yo no puedo ir en el día del ser...
monstruosa verdad: la voy. Me seduce
todo esto en las (ciudades), cuando la
buena intención me acompaña.

«Noto, sí, que de está forja mía hay
preco. Todo el mundo mide sus pa-
sas, y más allá de lo que andan, ei
ganará ó se dará en la jornada: todos
antes de meterse con algo, procuran
«ver la salida». Yo la tengo vista, y
descontado. ¡Lien su. Carratón de
Granada arriba, al... la ciudad del or-
den». Al único lugar en donde «se
puede pensar en serio», y sin dar
que roír a las gentes, «en eso del or-
den»...

Quizá, lo más tífico en mí son mis
ideas acerca del valor del dinero, y...
de cosas por el estilo.

Si yo dijera en en esta punto to lo
que piense asustaría a mucha
gentes. Sin decirlo todo, es muy po-
sible que asuste a algunas. Desprecie
profundamente el dinero. Mi desprecie
«a esa señor» lo he revelado de
muy diversas maneras en esta vida;
unas, gastándote sin misdo; otras,
abandonándote sin dolor, en momentos
de cualquier; otras, no persiguién-
dole con fiebre; otras, resignándome
heroicamente a la ruina, siempre, es-
timando a los intelectuales más que
a los calentados...

El «ahorro», previsión tan reco-
mendada por los prudentes, por los
equilibrados, me parece una de las
mayores inmundicias de esta vida.
Así una de las mayores inmundi-
cias. Día llegará en que se persiga al
que ahorra como al que hace moneda
falsa. Para maliciar es sencilla-
mente: fabricar moneda falsa, sin
traqueas. Ha dicho que «para mí,
y ahora caigo en que no estoy tan
solo en esta opinión. Jesús de Gali-
lea y todos los sociólogos de las
nuevas escuelas, opinaron lo propio.
Pero ¿no se nos hace caso? Vao ju-
stificado el ahorro sólo a la luz de una
consideración; como arma defensiva
en manos de los espíritus débiles, o
habidos o incapaces para el tra-
bajo. Pero es el caso que, con un fa-
cilísimo líquido, eso de «ahorrar» se
quiere hacer pasar por una una vir-
tud excelsa de los espíritus pruden-
tes y escogidos: ¡Y no no hay tal vir-
tud! No es miedo, al vivir, pobreza
de espíritu, desconfianza en la justi-
cia de los demás hombres, confen-
sión de impotencia y—es el fondo—
desacorado aprovechamiento de las
energías agotadas. Para las almas cre-
yentes; no investiguemos la serie de
injurias a la fé que presupone el ejer-
cicio de esa moral y prudente vir-
tud del ahorro...

Vajemos del púlpito, que para
sermón y como muestra basta con es-
to baston.

¿Sería curioso que yo me ocupara
de mí como político? Probemos.

Voy a proporcionalizar un desan-
gajo.

Yo no soy político. Lo parezo, es
verdad, mas no lo soy. Lo que me
pasa es que siento la tentación de lu-
char por las ideas que amo: pero po-
lítico, como debe serlo... los que lo
quieren ser, yo no lo soy.

El político debe ser, todo orden y
método; todo equilibrio; todo fealdad
y paraeverancia. El político debe
de aceptar a todos los hombres como
ellos sean, incluso con sus maldades—
ya que no hay otra materia prima—
y debe contar con las malas pa-
siones de sus acciones, más que con
las buenas, hasta para realizar los
planes más selectos y moralizadores.
Esto parecerá algo paradójico, pero
lo considero una verdad.

Si toda la labor política se hiciere
al impulso de las virtudes de los hom-
bres, iríamos muy despacio por el
camino del bien. Los odios, las vicias
las ambiciones inconfesables, las vo-

racas con lasias, todo eso es fuerza
impulsiva más vital que la de la mis-
ma virtud, que generalme es extática,
estévil y cobardo. El dinamis-
mo de las malas pasiones es enorme.
El talento de un hombre político de-
be consistir, a mi juicio, en hacer
como que no advierte la existencia
de las malas pasiones, y en aprove-
charlas convirtiéndolas en fuerzas
útil para el bien. En el haz de la vi-
da pública; como en el de las tierras
labrantías la cosecha de flores y de
frutas es ópima bajo el riego de las
aguas turbias...

«Aro que para labrar con estas
ideas se necesita una altísima menta-
lidad y la superioridad de espíritu
propia de un dios. Yo he conocido
un hombre así; pero ese fué único
y fué ya...

A mí como no fué en el seno de
un partido, me suceden cosas muy
raras...

Yo lo mismo muy chacantes

He ahí notado la fácil propensión
de todo ra, ublican a sacar a la luz
del día, en nuestros órganos de opi-
nión, los arietes de los curas. A mí
repugna esto Oreo que los curas, aman-
do humanamente, ingresan con ha-
rolismo en nuestra falanga de hom-
bres sencillos y bizcos. Oreo que
deloquen cuando predicán, cuando
se empuñan en que hay tres personas
y un solo dios, ó en otra logomquia
por el estilo.

Me carrea bien que amen, como
amo yo, como aman todos los hom-
bres. Me parece mal que enreden que
intiguen y que exploten la vida en
nombre de un dios... que fué inven-
tado con fines más nobles y genero-
sos... Oreo distintivo mío es, «mita-
tencia».

Mi táctica de gobierno es «el des-
plante» desatentado y descalzas. En
esto soy una verdadera calamidad.
«Mis desplantes» son proverbiales
entre mis amigos y conocidos del par-
tido. Las ineptitudes me irritan y
exasperan; las habilidades me crispán
los nervios. Yo no poseo el arte de
sonreír con sonrisas hipócritas.

El discípulo no es ni fuerte, ni mi-
flaco. Más que para político serviría
yo para domador de fieras. Para do-
mador de hombres reconozco que no
aprovecho.

Sin embargo; hay que distinguir
en esto de «mis desplantes». Hay
quien crea que este es «mi gran de-
fecto. Yo, en cambio, me lo admiro
como «una gran virtud». Pasó por-
que esta virtud no tenga nada de
«política», pero es virtud al cabo.

Yo, que suelo observar, he no-
tado que me pareceo al fruto más
placido de la tierra, chumbo. Las
manos colibras se acercan a mí con
tanta confianza; para ellas... como si
no tuviera espinas. En cambio las
blancas y finas manos de los señores
suelen clavarse alguna, apenas
me tocan. Y el caso es que yo, por
dentro, más dulce que la miel!

Me parece conveniente hacer alto.
Con lo dicho por mí y con lo que de
mí sepais vosotros, sí, que yo lo di-
ga, podréis forjaros la ilusión de
de que me conocéis. Pero desanga-
ñaos. Todo ello será pura ilusión.

JOSÉ JESÚS GARCÍA

CUIQUE SUUM

Un puñado de tierra cubre los res-
tos mortales del eximio autor de «Qui-
tolis».

Sobre esa tierra se derraman flores;
símbolo del grato perfume que sus
obras esparcieron en el ambiente artís-
tico social de sus concubitanos.

El pueblo llora a su guía, al que con-
siguió toda la existencia a nutrirlo de
virtudes cívicas con el pan cotidiano

del periodismo, sacramento laico en e-
que ponía aquel gran enamorado de
bien, por meterle encima, pedazos de
su alma.

Murió Pepe Jesús bajo el régimen de
muerte que la injusticia humana, rese-
ra a los conculores de hombres; lo en-
venenó la bicuta de la envidia y la en-
ganza.

En su constante lucha en pro de la
libertad, el bien y la justicia, encontró
siempre, delante el eterno obstáculo de
los egoísmos, las ambiciones y las ven-
ganzas; y esos bastardos, hijos de Plu-
tón, labraron perseverantes, inviolables
armas en las borjas del averno, para
herir por la espalda al honrado pala-
dín de las buenas causas.

Muchas amarguras hubo de apurar
gota a gota, de amigos y enemigos. De-
secciones, desconfianzas, traiciones...
la gama entera de la ingratitud que
fermenta al calor de las pasiones y de
los desordenados apetitos, compañeros
insuperables de todo apostotado!

Los pesares envenenaron su exis-
tencia consagrada al amor del ideal; pe-
sares en él más intensos, porque a fuer-
za de prodigarse, compartía con todos
el aieno sufrir; y fueron minando su
cuerpo las heridas del alma.

Pero, entre el montón de perversos
que dos legieron sus días, a sí se ron-
se dos hombres que, de una manera sis-
temática, cruel, usaron contra él los
medios más viles que la falsia y el des-
precho puso jamás en manos de proter-
vo.

Al uno, lo movía la pasión repugnan-
te de la envidia y de los celos. Al otro,
el hambre voraz de la aera o yanza.

Al uno, Pepe Jesús le llamó su ami-
go y compañero, le dió siempre la prio-
ridad en las marchas que juntos em-
prendieron, y le tendió siempre la ma-
no leal, a pesar de leer la perfidia en el
fondo de su corazón y a pesar de las
adverencias que se le hacían, de las
traiciones de aquel «plácido» caimán.

Al otro, Pepe Jesús lo combatió fran-
ca y rudamente, en el terreno de la
moral y del derecho, para salvar a su
pueblo de las manías carnívoras de
un cacique insaciable; de un despota
sin precedentes.

Ambos, se unieron contra Pepe Jesús
y entre ambos laboraron en la sombra,
para sembrar de abrojos el camino de
su vida. Y por arderentes fueron su-
hoja a hoja, aniquilando el árbol de su
existencia.

El uno del uno y las insidias del
otro, hicieron impudible la actuación de
aquél, como letrado. Una muralla de
influencias y de calumnias interponía
se siempre entre Pepe Jesús y sus
clientes, de una parte, y los tribunales
de justicia de otra. Y lo mismo le ocu-
rrió en los demás órdenes de cosas a
que aplicó su actividad; siempre halla-
ba en frente la venganza y la perfidia
de esos dos hombres funestos, que aban-
daban más y más sus laceras, hasta
hacerlo caer exangüe en una fosa.

Uno de los dos conjurados bullia en
las sombras, entre sombras herta sobre
seguro, aleosamente; por que allí no
alcanza el poder de las armas nobles; no
hay que temer el contragolpe del adver-
sario.

Peró: ¿Quién envidiará a aquel que
asesina entre sombras?

¡Su galardón, es el desprecio de sí
mismo!

El otro, soberbio y fiero, vanagloria-
base de su obra criminal; abusando de
la enorme fuerza que en sus manos pu-
so la prostitución política, no hubo
ruin audacia ni bárbaro desmán a que
no apelase contra aquel luchador hon-
rado, hasta el último día en que su
cuerpo murcillo, se abatió en los senos
de la muerte.

Peró, al morir, nuestro PEPE JE-
SUS, nos había redimido!

Al caer en la arena, nuestro amado
Espartaco, su gladio era tintó en la

sangre del vil cacique defraudador, por
dugo de Almería.

Hasta su último aliento luchó; y al
sucumbir, el laurel de la victoria ce-
ñía su frente: ¡Habla muerto al tira-
no!

Cuando su cuerpo se dobló, el hie-
rro de su pluma había herido de muerte
al cacique Cervantes, tendiéndolo sobre
el hediondo estercolero de sus delitos.
¡Ave, tribuno del pueblo!

Hoy el pueblo que redimistes, va a
derramar flores y lágrimas sobre tu
tumba. Y te jura, como los antiguos ga-
llos, batiendo las espadas contra los es-
cudos, que continuará tu obra salvado-
ra sin desfallecimientos ni renunciaciones,
hasta romper el último eslabón
de la cadena con la que el cunarisimo y
el caciquismo aherrajan nuestras li-
bertades y derechos ciudadanos.

Todo nuestro bien es obra tuya. Con-
tinuémosla.

Nuevo Panamá

El Sindicato de Riegos

En una de nuestras últimas di-
cciones nos lamentábamos de que en
el Sindicato de Riegos se hubi-
ra cometido la enorme arbitrariedad
de autorizar a los propietarios de la
Fuente de Hércul, para que ven-
drán las aguas, puesto que con esa
estupenda medida se perjudica gra-
vemente los intereses de los labra-
dores de Almería y hoy nos encon-
tramos con que esa arbitrariedad no
la cometió el Tribunal, sino el Di-
rector señor Cassinello y aun en
contra la voluntad de los Síndicos,
de que esto es cierto nos responde
una carta que hemos recibido del
señor Gil, quien asegura que lejos
de haber dado su conformidad para
esa determinación, no sólo se opu-
so y votó en contra sino que moti-
vó serios incidentes entre él y el
director.

No gorros nos sentimos satisfacidos
en hacer pública la aclaración del
señor Gil, por que entre otras cosas
gustamos de dirigir nuestros arpo-
nazos contra la autoridad que harre-
na la Ley; como muestra de su pe-
nele ocurre al Director del Sín-
cato.

Con la autorización que el señor
Cassinello dió en su decreto, a la
Fuente de Hércul, perjudicó gra-
vamente a los labradores de Almería
en tanto beneficio a su familia
pues o que estos son los mayores
propietarios de las huertas y si el
señor Cassinello cree que ese proce-
der suyo habría de quedar impune,
se equivoca por cuanto los labrado-
res lo persiguen en criminalmente,
con arreglo a las ordenanzas y Re-
glamintos de esa Corporación.

Ad más EL ARPON combatirá
esa inmundicia, como pedirá tam-
bién cuentas a ese director de los
mieles duros que debieran haber
se invertido en producir agua para
nuestras vegas y que según mis
datos informes se han evaporado co-
mo el humo.

Ya sabemos por que al señor
Cassinello le produce náuseas EL
ARPON!

Para seguir en buena salud:

Purificada
Regenerada
Fortificada


VUESTRA SANGRE
con el
DÉPURATIVO RICHELET

Todos los que son cuidadosos de su Salud, aunque no padeciendo ninguna enfermedad, deben de tomar dos ó tres veces por año, el tratamiento del Depurativo Richelet.

Este precepto no se debe nunca poner en olvido.

Señor L. RICHELET, 13, rue Gambetta, SEDAN (Francia).

EN ALMERIA: D. Eugenio Bustos, Calle de Granada, núm. 25. P. José Pero Cárceja, Calle del Santo Cristo, y don Diego Sánchez Segarra, Real 11.



Porqué no se desembara Vd de esta enfermedad de la piel inmediatamente y para siempre de esta fiera, de esta escama varonosa que le rinde a Vd la vida insulfrible?

Porqué conserva Vd esta enfermedad o sus consecuencias pueden ser gravísimas?

Porqué no emplea Vd inmediatamente el nuevo método del Señor L. Richelet?

Sin embargo no hay vacilación posible, porque Vd no puede ignorar las curaciones, muchas veces inesperadas, obtenidas en su comarca.

Infórmese Vd y empiece, sin más tardar, este tratamiento; eso es el mejor consejo que le podemos dar.

El precio del tratamiento es proporcionado con todas las condiciones de la fortuna. (Existe también un tratamiento para los niños de 3 años hasta 16). Acaba el señor RICHELET de instalar depósitos de su tratamiento en todas las boticas y droguerías de España.

Un folleto, en lengua española, tratando de las enfermedades de la piel, ha de ser remitido gratuitamente, por los depositarios, á todas las personas que lo piden.

Para obtener también gratuitamente ese folleto basta dirigirse al señor
L. RICHELET, 13, rue Gambetta, en Sedan (Francia)

No bebas más,
este vicio no es más que
nuestra ruina.



Ahora es posible curar la pesada por las bebidas embriagadoras.

Los esclavos de la habida pueden ser librados de éste vicio, aun contra su voluntad.

Una cura inofensiva llamada Polvo Coza, ha sido inventada, es fácil de tomar, apropiada para ambos sexos y todas edades y puede ser suministrada con alimentos sólidos ó bebidas, sin conocimiento del intoxicante.

MUESTRA GRATUITA. Todas aquellas personas que tengan un embriagador en la familia ó entre sus relaciones, no deben dudar en pedir la muestra gratuita de Polvo Coza. Escríbala hoy Coza Powder Co., 76 Wardour Street, Londres, Inglaterra. El Polvo Coza puede ser también obtenido en todas las farmacias y el Vd. se presenta á uno de los depósitos al plé indicados puede obtener una muestra gratuita. Si no puede Vd. presentarse, pero desea escribir para adquirir la muestra gratuita, diríjase directamente á COZA POWDER CO. 76 Wardour Street, Londres. Depósitos:

LA PIEL
LA SANGRE

La medicina depurativa racional es un medicamento cuya importancia nadie ignora. No quiero hablar naturalmente de los fantásticos medicamentos que aparecen cada día y que se anuncian por propaganda más ó menos lisonjeras; éstos son más peligrosos que útiles.

Quiero hablar de una medicina seria, científica; teniendo por resultado, no solamente purgar la sangre de los «Humores» (materias aprias), de los «Virus» que le han invadido, sino también reconstituirla por decirlo así, clarificarla, devolverla su composición normal y ponerla al abrigo de toda corrupción ulterior.

En las enfermedades de la Piel, por ejemplo, que se manifiestan por:

Botones, Humores, Eczemas, Furúnculos, Herpes, Sarpullidos, Rojeres, Picazones, Apostemas, Enfermedades del cuero, Cabeludo, Evacuación de la nariz y de las orejas.

donde la sangre infectada lleva á las diversas regiones del organismo los virus morbidos que las envenenan, en donde la piel y las mucosas se cubren de Botones, Rojeres, Ulceras, el Depurativo Richelet produce un resultado casi instantáneo.

Ataca directamente la causa y accesoriamente los efectos de la enfermedad. Bajo su acción el germen se destruye y, por consiguiente, no hay de temer más las manifestaciones que proveengan de su existencia.

Ademas, el sujeto que padece Dermatitis (enfermedad de la piel) está proveenido, por decirlo así, por las manifesta-

ciones exteriores que se encuentre amenazado por su origen interno, á las que se producen en la superficie de la piel. Eso es como una advertencia característica ó es menester tener mucho cuidado.

Es muy superfluo decir que tal advertencia no es medida en la mayoría de los casos, mientras que sería tan fácil en este momento, por el empleo del

Tratamiento racional depurativo

desembarazarse, de una vez, de una incomodidad exterior desagradable y de un mal interior muy terrible. Una vez terminado el tratamiento, la sangre viciada no solamente está purificada, sino que está regenerada.

Ademas de la certeza de la curación, el Depurativo Richelet aun ofrece ventajas preciosas. Estas consisten en la simplicidad del tratamiento que no exige ni descanso, ni cesación de trabajo.

Todas las personas que necesitan descansar, purificar, clarificar la sangre y desembarazarse de los humores que contiene han de hacer uso de este depurativo y así evitan los gastos de medicamentos y tratamientos sin resultado que anuncia por todas partes.

Todos los envayos tuvieron buen éxito, y no se ha producido jamás una recaída, después de la curación.

El precio del tratamiento es proporcionado con todas las condiciones de la fortuna. Existe también un tratamiento para los niños de 3 años hasta 16.

Acaba el señor RICHELET de instalar depósitos de su tratamiento en todas las boticas y droguerías de España.

Un folleto, en lengua española, tratando de las enfermedades de la piel, ha de ser remitido gratuitamente, por los depositarios, á todas las personas que lo piden.

Para obtener también gratuitamente ese folleto, basta dirigirse al señor
L. RICHELET
13, rue Gambetta, en Sedan (Francia)

Toribio Alvarez
DENTISTA

Dentaduras postizas, gran especialidad. Extracciones sin dolor. Trabajos de puente y coronas de oro sobre raigones.

P. DE NICOLAS SALMERÓN N.º 1
ALMERIA

Imp de «El Arpón»

Disponible

EL ARPÓN
es el periódico que más se vende